

El legado de Catherine Elliot

GEMMA CAMBLOR · ESTHER GILI

El legado de Catherine Elliot

GEMMA CAMBLOR · ESTHER GILI

LUNWERG
EDITORES

Idea original: Gemma Camblor y Esther Gili

© Textos: Gemma Camblor, 2018
© Ilustraciones: Esther Gili, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
Calle Josefa Valcárcel, 42 – 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.facebook.com/lunwerg
http://twitter.com/Lunwergfoto

Primera edición: octubre de 2018
ISBN: 978-84-16890-87-3
Depósito legal: B 16.035-2018
Imprime: Liberdúplex

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

1. La escritora 10
2. La institutriz 36
3. La viuda 58
4. La modernista 78
5. La coleccionista 96
6. La nieta de la encuadernadora 116
7. La saqueadora 136
8. La bibliotecaria 156
9. La investigadora 174
10. La librera 196

Epílogo 214

Capítulo 1

La escritora

Los Elliot vivían en una pequeña aunque coqueta casa en la campiña inglesa. No disponían de grandes lujos, pero John Elliot disfrutaba de una renta suficiente para vivir cómodamente allí con sus cuatro hijos, una cocinera, una doncella y un número variable de perros y gatos. La señora Elliot había fallecido al nacer la pequeña de la familia, Claire. Aunque casi ninguno de los niños la recordaba con claridad, todos los días tras la cena, sin excepción, daban las buenas noches a coro al retrato que presidía la sala de estar.



El señor Elliot era uno de esos caballeros que no consideraba una pérdida de tiempo educar a las niñas de la misma forma que a los niños. Gracias a esto las Elliot estudiaron las mismas materias que su hermano Thomas.



Los cuatro disfrutaban mucho aprendiendo y, como la única estancia con una mesa lo bastante amplia para dar cabida a todos era la del comedor, trasladaron allí los libros del despacho de su padre y lo convirtieron en su sala de estudio.





Si el tiempo lo permitía salían al jardín y las lecciones daban paso a agradables ratos de lectura, dibujo o canto. Lydia, la mayor, siempre tenía algún animalito rescatado al que curar. Claire se entregaba con pasión a la música y canturreaba melodías que hacían las delicias de todos. Thomas, que había nacido apenas un año antes que Claire, se dedicaba a construir pequeños barcos que luego hacía flotar en el riachuelo cercano jugando a que transportaba mercancías de un poblado a otro.

Catherine solía apartarse un poco de los demás. Se sumergía en sus pensamientos y se abstraía de tal forma que su presencia se hacía casi imperceptible. Cuando esto ocurría todos la dejaban tranquila, sabían que esa noche habría cuento nuevo.







Y es que Catherine, la segunda de los Elliot, tenía una imaginación prodigiosa. Era una narradora nata y desde pequeña tuvo la necesidad de plasmar en papel todas esas historias que hervían en su cabeza, dar voz y rostro a los personajes que poblaban su mente.



En su decimotercer cumpleaños su padre le regaló algo que determinó su futuro sin remedio: un precioso escritorio portátil de palo rosa y latón, con todo lo necesario para escribir, que la acompañaría toda su vida. Se abría con una pequeña llave que colgaba de un cordón de seda azul a juego con la piel que forraba la superficie de escritura. Hasta permitía colocar a los lados un par de candelabros en los que Catherine consumiría docenas de velas escribiendo en las largas tardes de invierno.

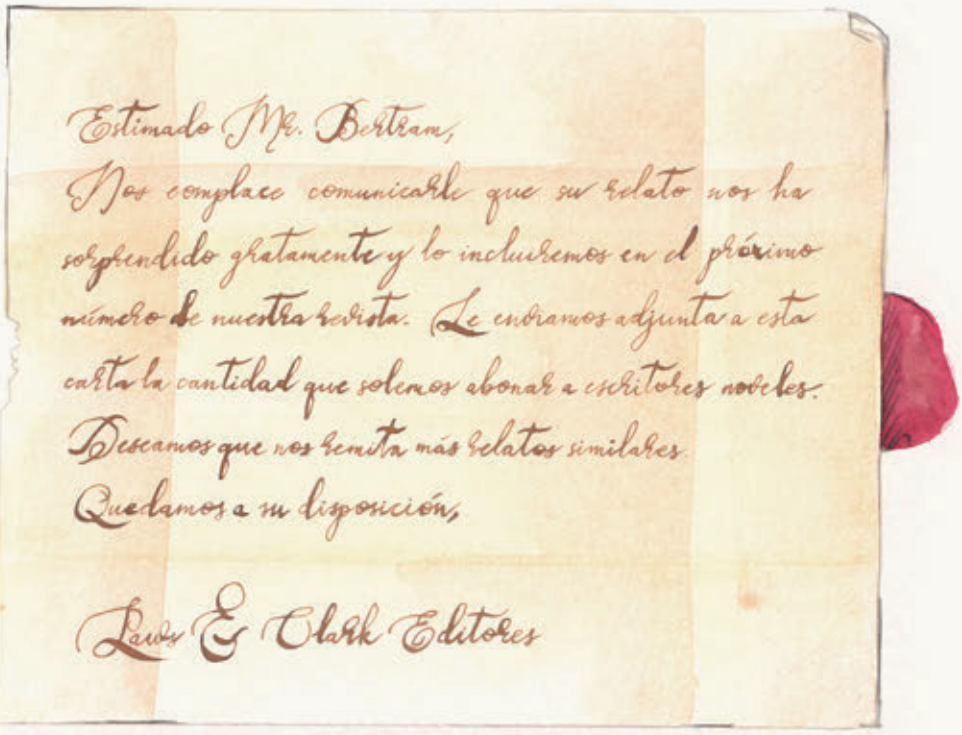
Allí nacieron los primeros cuentos que publicaría. Escribía a todas horas sin descanso y no había regalo que recibiese con mejor sonrisa que un buen montón de papel por estrenar, que cortaba y preparaba de forma muy solemne como si se tratase de una especie de ritual.

Su padre y sus hermanos siempre la animaban a enviar sus creaciones a periódicos y editores de la zona. Así fue como Catherine comenzó a enviar sus relatos, tímidamente al principio, con una pasión constante e inagotable después. Firmaba como Edward Bertram porque estaba segura de que un hombre tenía más opciones de ser tomado en serio que una jovencita de campo.





Y de pronto sucedió: uno de sus cuentos se publicó en una revista local. Fue una alegría para todos cuando recibieron la carta que lo anunciaba:


Estimado Mr. Bertram,

Nos complace comunicarle que su relato nos ha sorprendido gratamente y lo incluiremos en el próximo número de nuestra revista. Le enviamos adjunta a esta carta la cantidad que solemos abonar a escritores noveles.

Deseamos que nos remita más relatos similares.

Quedamos a su disposición,

Lavoy & Clark Editores

¡Su primer relato publicado! ¡Y pagado! Por fin podía decir que era escritora. Bueno, escritor.



Fue el primero de muchos. Se cuenta que la velocidad de sus pensamientos solamente era comparable a la de su pluma y que su producción era constante e imparable.

Llegó el día en que un editor de la capital descubrió al escritor y decidió recopilar varios de sus cuentos en un único volumen.

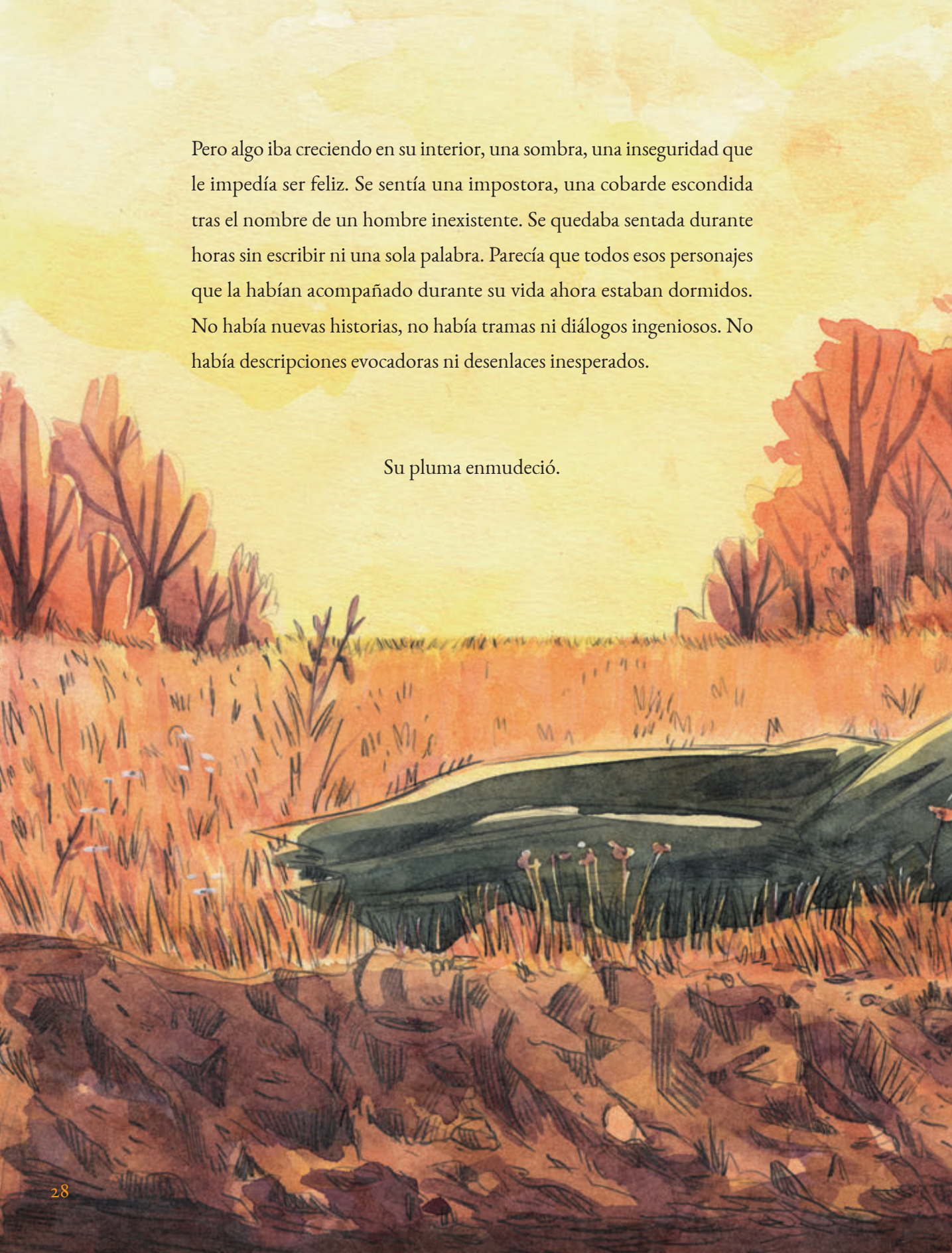


Cuando averiguó que tras Edward Bertram se escondía una joven, aplaudió su decisión de publicar bajo pseudónimo masculino. Y así continuaron haciéndolo durante algunos años en los que las novelas de Catherine cosecharon un éxito moderado. El dinero obtenido por su trabajo como «escritor» le permitió cierta independencia, a la que no quería renunciar casándose, como habían hecho sus hermanas.



Pero algo iba creciendo en su interior, una sombra, una inseguridad que le impedía ser feliz. Se sentía una impostora, una cobarde escondida tras el nombre de un hombre inexistente. Se quedaba sentada durante horas sin escribir ni una sola palabra. Parecía que todos esos personajes que la habían acompañado durante su vida ahora estaban dormidos. No había nuevas historias, no había tramas ni diálogos ingeniosos. No había descripciones evocadoras ni desenlaces inesperados.

Su pluma enmudeció.







Una tarde decidió salir a pasear, su ánimo acompañaba al del cielo, gris y encapotado. Recorrió los prados de la campiña de su infancia mientras en su cabeza oía el eco de las risas que ella y sus hermanos habían dejado allí tiempo atrás.

De pronto una gran gota abrió paso a otras que comenzaron a caer lentamente para luego convertirse en una lluvia torrencial que la empapó por completo. Se quedó muy quieta, de pie, anclada al suelo. Sus ojos brillaban como hacía tiempo que no lo hacían, con una mirada que parecía no mirar, y en su boca asomó una sonrisa triunfal.





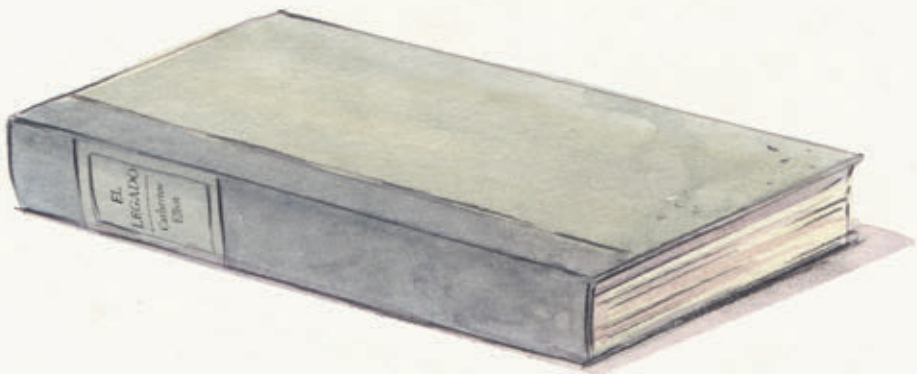


No recordó haber hecho el camino de vuelta a casa, le contaron que no saludó a nadie al llegar. Había entrado en una especie de trance, un estado en el que solo existían los personajes de su cabeza y el deseo incansable de trasladarlos al papel. Fue directa a su escritorio y así, feliz, liberada y empapada de arriba a abajo, Catherine Elliot empezó a escribir el libro más importante de su vida.

Catherine no quería que su última creación se publicara bajo pseudónimo masculino, se había acabado el esconderse. Tras muchas peleas con su editor consiguió lo que pretendía. Pero el libro pasó totalmente desapercibido y fue un fracaso de ventas. Su editor le impuso una condición para seguir publicando: tenía que volver a ser Edward Bertram.



Ella jamás accedió.



A mi adorado hermano Thomas, aquí tienes mi libro más querido y el que más me ha costado escribir. De tu hermana, que te quiere,

Edward Bertram

De la biblioteca de Thomas Elliot.